

Música para los Colegios

por Sebastián Salazar Bondy

Afortunadamente, la renovación de los sistemas educativos, especialmente los del ciclo secundario, ha comenzado, como con acierto se ha dicho, por el principio. Es decir, encarando los problemas decididamente, yendo, para tal afecto, a su misma raíz. Expresión viva de este nuevo y provechoso criterio pedagógico es la inclusión en los programas de estudio de variadas actividades de carácter cultural y artístico, entre las cuales las musicales merecen un principalísimo lugar. Huelga aquí, por obvia, destacar la importancia que para la formación de la personalidad tiene el afianzamiento de la sensibilidad estética, la cual constituye un valioso instrumento de conocimiento y una suerte de permanente fuente de espiritualidad. Educar —se trata de un axioma incontestable— no es únicamente acumular en la memoria del alumno principios, conceptos, fórmulas, etc., sino, ante todo, preparar al hombre, de una manera integral, para que afronte la existencia con los mejores medios con que los siglos lo han dotado.

La referencia la música, en este caso, no es fortuito. La ocasiona la lectura de la comunicación que once Directores de Estudios de otros tantos planteles nacionales han dirigido a las respectivas Asociaciones de Padres de Familia con el objeto de obtener de ellas la ayuda necesaria para dar cumplimiento a aquel aspecto programático. Cualquiera recuerda en qué consistía hasta ahora la enseñanza de la música en la antigua escuela que tantas generaciones hemos padecido. Se trataba de un conjunto de nociones abstractas que no había más remedio que retener de manera puramente automática, aunque resultaran aburridas y tontas. Complementaban este curso uno de canto, que consistía en participar periódicamente en una especie de masiva entonación de himnos y canciones no siempre gratos. De música —por lo menos en lo que atañe al cronista—, poco o nada es lo que se aprendía en las aulas colegiales. De otra parte, inclusive el maestro encargado de dictar dicha materia, mostraba escaso interés en que sus discípulos conocieran la ciencia y el arte musicales en lo que ellos poseen de encantador y supremo. Junto con el inglés, la educación física y la educación cívica —ésta, como ha sido señalado, por causa de la realidad política en la cual durante tanto tiempo se ha vivido—, la música y el canto pertenecían a las asignaturas que la jerga popular denomina “de bausa”.

Hoy se intenta una nueva forma de educación artística. La música entra por los oídos, es evidente, y es en los oídos donde hay que crear la disposición hacia ella. No es posible olvidar que en nues-

tro tiempo, el niño y el joven viven en una frenética atmósfera de mambo y chachachá —o, lo que es peor, de cortina musical radial o fondo musical cinematográfico—, y que en tal clima el entorpecimiento de la sensibilidad es más prematuro que en otras épocas. Si desde pequeños nos enseñan a escuchar a los grandes maestros de la composición, es lógico que la habituación nos lleve lenta y seguramente al hondo goce que sus obras pueden proporcionar. Si ese adiestramiento sensorial, va acompañado de pertinentes explicaciones en torno a la historia, esencia, calidad y significado de la pieza que se oye, la preparación, al cabo de unos años, será completa. La música se convertirá en una necesidad casi orgánica, en un instinto, como lo es para las mayorías en Europa y para un gran porcentaje de la población de los países más desarrollados del norte y el sur de América. En las horas señaladas para tal tarea, y aún en los recreos para quienes voluntariamente así lo deseen, esta ilustración musical, completada con la que corresponderá a las otras artes, hará de cada ciudadano que egrese del colegio secundario un ser que sabe ser práctico, cuando lo requiere, pero que en un momento dado, puede además elevarse a las cimas de la más alta belleza.

Pero hay una dificultad. Comprar un tocadiscos y una discoteca básica representa para cada plantel un gasto no menor de 4 mil soles, suma que la economía de esos centros docentes no está en condiciones de asumir. De ahí que los Directores de Estudios de los once colegios a los que aludimos aquí acudan a los padres de familia, a su comprensión y generosidad, para obtener estos elementos, fundamentales para impartir los conocimientos artísticos que les propone, tan acertadamente, el programa vigente. El cronista dirige en este último párrafo a quienes conforman estas entidades o patronatos de la educación peruana, a los padres de aquellos que están siendo educados en los planteles del Estado. Ningún dinero mejor empleado que el que se destina a que las generaciones de hombres del futuro estén mejor ilustradas que nosotros, pues de su solidez espiritual, de la profundidad de su sabiduría, de la pureza de lo que ellos tengan por la verdad, dependerá su dicha. Hacer el esfuerzo necesario para que los maestros y los alumnos tengan ese tocadiscos y esa discoteca primaria, es hacer un esfuerzo por la patria venidera. Estos gestos perduran. Algún día se dirá que el pueblo peruano fue educado porque el pueblo peruano quiso la educación y porque supo conquistar la luz cuando las tinieblas parecían invencibles.